

Retornar a la amistad que unió a Lorca, Buñuel y Dalí puede incrementar el extenso corpus de estudios que han buscado dar cuenta de cómo estos tres grandes artistas del pasado siglo convivieron, crearon y consiguieron modificar el panorama artístico-literario del momento. La gran dedicación con la que se han investigado sus vínculos ha ensombrecido quizá la verdadera naturaleza de dicha amistad, dejando en el imaginario colectivo la idea de una amistad extensa, siempre homogénea y perdurable. Empero, la lectura distanciada y analítica de los textos que sus protagonistas nos legaron puede ofrecer consideraciones diversas e incluso divergentes, en las que prima, sobre todo, la reconstrucción a través del recuerdo de la amistad que los unió. En este caso, *La vida secreta de Salvador Dalí*, escrita por él mismo, y *Mi último suspiro*, las memorias de Luis Buñuel, podrán aportar luz, a través del recuerdo de Lorca, de cómo se constituyó y afianzó la amistad entre los tres.

El comienzo de este lazo amistoso se sitúa a principios de los años veinte. Buñuel vivía en la Residencia de Estudiantes desde hacía dos años cuando llegó Lorca: “Federico tenía un atractivo, un magnetismo al que nadie podía resistirse” (Buñuel 1993, 71). Buñuel rememora en *Mi último suspiro* cómo Federico le descubría el mundo de la literatura y le leía poemas por las noches. Según el cineasta, estaban unidos por “un amor platónico en estado puro”, que ilustraba el verso lorquiano: “Mi alma niña y niño” (Buñuel 1993, 169). No se trata en ningún caso, como precisa Buñuel, de una relación de carácter sexual. El aragonés pretendía representar la imagen del hombre fuerte: practicaba mucho deporte y, orgulloso de su apariencia física, afirma sin rodeos: “en nuestra juventud, no

FEDERICO GARCÍA LORCA EN LA MEMORIA

Quentin Charles

En este caso, *La vida secreta de Salvador Dalí*, escrita por él mismo, y *Mi último suspiro*, las memorias de Luis Buñuel, podrán aportar luz, a través del recuerdo de Lorca, de cómo se constituyó y afianzó la amistad entre los tres.

nos agradaban los homosexuales” (1993, 170). Eso puede explicar la impresión que causó en el aragonés enterarse de la orientación sexual de Lorca. Recuerda que un compañero de la Residencia comentaba que Lorca era homosexual y Buñuel le preguntó: “¿Es verdad que eres maricón?” Lorca contestó fulminante: “Tú y yo hemos terminado” (Buñuel 1993, 72). Buñuel nos asegura que hicieron las paces esa misma noche, pero parece que a partir de ese momento se abrió una fractura entre ambos, y la llegada del joven Salvador Dalí en 1922 a la Residencia de Estudiantes no mejoró la situación.

Por increíble que parezca, Dalí, debido a su timidez, no se relacionó casi con nadie durante los cuatro primeros meses de su vida en la Residencia. Un día, mientras Pepín Bello pasaba frente a la puerta abierta de su habitación,

vio dos de sus cuadros cubistas y pronto quiso enseñárselos a los demás. Dalí no duda en afirmar: “en una semana la hegemonía de mi pensamiento empezó a hacerse sentir” (Dalí 2003, 536). Incluso escribe que

de todos los jóvenes que había de conocer en esta época, sólo dos estaban destinados a alcanzar las vertiginosas cumbres de las jerarquías superiores del espíritu: García Lorca, en la biológica, hirviente y deslumbrante sustancia de la retórica poética posgongorina, y Eugenio Montes, en las escalinatas del alma y los cánticos pétreos de la inteligencia (2003, 535).

Dalí tergiversa en ocasiones la realidad, incluso a costa de la imagen de otros. No sabemos cómo fue su primer encuentro con Lor-

ca, pero no parece posible que desconociera la fama del poeta andaluz, dados los múltiples intereses que compartían. Tras la muerte del padre de Buñuel en 1923, ya no había nadie que pudiera impedir a Buñuel marcharse de España. En enero de 1925 se trasladó a París, alejándose –geográficamente esta vez– de Dalí y Lorca. En cambio, éstos pasaron juntos la Semana Santa en Cadaqués. Lorca recuerda cuando, durante una salida al mar con Dalí, el barco estuvo a punto de volcarse, haciendo surgir su miedo a morir ahogado. Siempre le aterrizó la idea de la muerte, y para su-

Dalí tergiversa en ocasiones la realidad, incluso a costa de la imagen de otros. No sabemos cómo fue su primer encuentro con Lorca.



Ofrenda. De la serie *La vida es juego*

perar ese temor inventó un truco original: tumbarse para fingir la muerte, como si eso bastara para conjurarla. De hecho, Dalí agregó cabezas cortadas en sus lienzos de aquella época para recordar el juego de su amigo, como en *La miel es más dulce que la sangre*, cuadro empezado en 1925 y concluido en 1927. Sin embargo, hay que señalar que Dalí prácticamente omite este episodio de su vida en *La vida secreta...* Sólo una frase enigmática se refiere a este capítulo de su amistad con el poeta andaluz: “la sombra de Maldoror se cernía sobre mi vida, y fue precisamente en ese periodo cuando, por la duración de un eclipse, otra sombra, la de Federico García Lorca, vino a oscurecer la virginal originalidad de mi espíritu y de mi carne” (Dalí 2003, 85). *Los cantos de Maldoror* fue una obra por la que Dalí y Lorca se entusiasmaron y es probable que al referirse a este libro el escritor catalán recuerde la armonía que los unía. Por su parte,

Lorca comenzó su “Oda a Salvador Dalí”, un extenso poema basado en aquella estancia en tierra catalana, donde elogia a su amigo y su pintura por medio de códigos y símbolos compartidos.

Mientras tanto, Buñuel se encontraba en París. En ese tiempo lamentaba que sus vínculos se perdieran, por lo que escribió a Lorca y a Dalí para que lo visitaran. También mantuvo una extensa correspondencia con Pepín Bello, en la que puede observarse cierta envidia por la intensa amistad de sus compañeros. En abril de 1926 Dalí estuvo una semana en París, ciudad a la que acudía la mayoría de los grandes artistas de la época. Después de esta escapada a la capital francesa Dalí, cuya ansia de fama aumentaba cada día, se planteó como objetivo volver glorioso a París para conquistarla. Estos años suponen un momento bisagra en la historia del trío: Dalí

pasó el verano de 1927 con Lorca; entonces surgieron los rostros desdoblados y las siluetas de los amigos abrazándose, que pueden verse tanto en los lienzos de Dalí (*Autorretrato desdoblándose en tres* [1926]), como en los dibujos de Lorca, concretamente en *El beso* (1927). Definitivamente, estas creaciones son verdaderas pruebas de la simbiosis humana y artística entre ellos. Por otra parte, Dalí se acercaba cada vez más a su amigo exiliado en Francia, quien seguía tratando de convencerlo para que fuera a París.

Buñuel, influido por el surrealismo que emergía en París, atacó con violencia a aquellos que denominaba putrefactos, esto es, los representantes de un arte despreciable y desfasado. En sus cartas a Pepín Bello critica también a Federico García Lorca: su teatro y su poesía no le gustan y afirma que hay que “rehacerse lejos de la nefasta influencia del García”. Por lo que se refiere a Dalí, señala: “eso sí, es un hombre y tiene mucho talento” (Sánchez Vidal 2009, 213). En aquel tiempo, Buñuel era coordinador cinematográfico de la revista *Cahiers d'Art* en París y *La Gaceta Literaria* en Madrid, y explica en otra carta a Pepín Bello que a Dalí “le publicó su artículo [“Film artístico, film antiartístico” (1929)] por misericordia” (Sánchez Vidal 2009, 219).

La correspondencia entre Dalí y Lorca disminuía y además las pocas cartas del primero se hacían cada vez más feroces: empieza a atacar a los que admiraba, como Paul Valéry o Rubén Darío. Este cambio muestra la influencia que ejercía Buñuel en Dalí y su nuevo interés por el surrealismo, movimiento considerado como la vanguardia perfecta por el pintor. Por consiguiente, la publicación del *Romancero gitano* de Lorca en julio de 1928 y el éxito que logró fueron sinónimos de ruptura casi



Entre el cielo y la tierra. De la serie *La vida es juego*

Dalí pasó el verano de 1927 con Lorca; entonces surgieron los rostros desdoblados y las siluetas de los amigos abrazándose.

definitiva con el nuevo Dalí surrealista. Efectivamente, en una extensa carta a Lorca a principios de septiembre de 1927, el catalán le escribe con franqueza: “tu poesía cae de lleno dentro de la tradicional, en ella advierto la sustancia poética más gorda que ha existido [...], está ligada de pies y brazos a la poesía vieja” (Gibson 2004, 308). En realidad, la opinión de Dalí es muy parecida al juicio de valor de Buñuel y los dos muestran ya un acercamiento considerable a la estética surrealista. En aquella época Buñuel pensaba ya en una primera película, basada en una serie de cuentos de Ramón Gómez

de la Serna. Le envió el guion a Dalí, a quien le pareció mediocre y le contestó que “acababa de escribir un guion, breve pero genial” (Dalí 2003, 591) que iba a contracorriente del cine contemporáneo, irónicamente escrito en una caja de zapatos.

En enero de 1929, Buñuel fue a Figueras y comenzó a trabajar con Dalí a partir de dos imágenes sacadas de los sueños de cada uno: un ojo cortado por una hoja de afeitar y una mano de la que salen hormigas. El proceso de creación consistía en escoger todas las imágenes que se les ocurrían, fuera de toda explicación racional o interpretación lógica. Fue una semana de fuerte unión entre los dos amigos –tanto humana como artísticamente– y obtuvieron un guion tan irracional como onírico: el cortometraje surrealista *Un perro andaluz*. Buñuel, de nuevo en París, lo rodó enseguida y se estrenó el 6 de junio de 1929 en el Studio des Ursulines ante los surrealistas más importantes en aquella época.

En cuanto a Lorca, a pesar del éxito total de sus obras, entró en una etapa de depresión y decidió acompañar a Fernando de los Ríos a Londres para irse luego a Nueva York. Las cartas que envió a su familia y a sus amigos ponen en evidencia las dudas y la nostalgia que sentía entonces por su patria, la cual estaba abandonando. En plena crisis existencial, llegó a Nueva York pensando que sus amigos lo habían traicionado. Dijo a Ángel del Río: “Buñuel ha hecho una mierdecita así de pequeñita que se llama *Un perro andaluz* y el perro andaluz soy yo” (Gibson 2015, 317). Entonces, el periodo americano de Lorca estuvo marcado por un vacío de correspondencia con Dalí y Buñuel, un silencio que vaticina el fin de la amistad.

Mi último suspiro y *La vida secreta de Salvador Dalí* son dos obras fundamentalmente diferen-

No obstante las diferencias importantes entre las dos obras, cabe destacar que Buñuel y Dalí coinciden en el homenaje que cada uno dedica a su amigo asesinado. Más de cincuenta años después y lejos de las disputas de antaño, Buñuel confiesa, refiriéndose a Lorca: “le debo más de cuanto podría expresar”.

tes. Se distancian por el objetivo de los autores: Buñuel, a manera de introducción, declara al principio de su libro lo siguiente: “De todos modos, el retrato que presento es el mío con mis convicciones, mis vacilaciones, mis reiteraciones y mis lagunas, con mis verdades y mis mentiras, en una palabra: mi memoria” (1993, 12), convencido de que la memoria es el elemento esencial que define la individualidad de cada quien. En cambio, Dalí afirma claramente que su objetivo es cambiar su historia para que cuadre con su futura vida: “creí que era más inteligente empezar escribiendo mis memorias y vivirlas después. Para esto era necesario que matara a mi pasado sin piedad ni escrúpulo, de-

bía desembarazarme de mi propia piel” (2003, 910). Esto puede explicar por qué el relato tiende en ocasiones hacia una ficcionalización de su vida. El objetivo de Dalí es claro: quiere escribir su propio mito con el fin de conquistar los Estados Unidos en cuanto llegue (lo que ocurrió a principios de los años cuarenta).

En ambos casos, las páginas dedicadas a la Residencia y a la amistad que los unió ocupan poco espacio. Buñuel ofrece un panorama amplio de esos años pasados en Madrid, de sus camaradas y sus actividades. Sólo retiene al Lorca que conoció en aquel momento, con quien tenía una relación especial, antes de que Dalí se instalara en la Residencia. De hecho, se acordó de su amigo en 1965, casi cuarenta años después, cuando realizó *Simón del desierto*, película inspirada de *La leyenda dorada*, de Jacobo de la Vorágine y que Lorca le leyó. En *La vida secreta...*, el propio Dalí ocupa todo el espacio del relato y sólo pueden percibirse retazos de su entorno. Así, no dedica ni una página a los momentos pasados en compañía de Lorca y Buñuel, a pesar de la fuerte amistad que los unía. Sin embargo, se puede percibir cierta envidia por parte de Salvador Dalí cuando evita a Lorca y al grupo de la Residencia, que cada vez más se convertía en “su grupo”, y el catalán desaparecía entonces porque “sabía que iba a brillar Lorca como un loco y fogoso diamante” (2003, 586). Admite: “fue el único momento de mi vida en que creí atisbar la tortura que puede haber en los celos” (2003, 586). En definitiva, no aborda esta parte de su historia para centrarse sólo en la llegada de Gala, de forma que ésta aparece como la musa que le salvó de la locura en la que se hundía en aquella época.

No obstante las diferencias importantes entre las dos obras,

cabe destacar que Buñuel y Dalí coinciden en el homenaje que cada uno dedica a su amigo asesinado. Más de cincuenta años después y lejos de las disputas de antaño, Buñuel confiesa, refiriéndose a Lorca: “le debo más de cuanto podría expresar” (1993, 184). Aunque afirma en repetidas ocasiones que a él no le gusta la obra del poeta, asegura que “la obra maestra era él” [...] “era irresistible. Podía leer cualquier cosa, y la belleza brotaba siempre de sus labios. Tenía pasión, alegría, juventud. Era como una llama”. Concluye con que a menudo piensa en la angustia de Lorca cuando lo llevaron para matarlo, él que “sentía un gran miedo al sufrimiento y a la muerte” (Buñuel 1993, 184). Por su parte, Dalí evoca la muerte de Lorca en un breve párrafo que contrasta con el exhibicionismo del libro: en su opinión, fue asesinado por franquistas y los “rojos” recuperaron su muerte para aprovecharse de ella. Por un instante eleva a su amigo caído al nivel de su propia persona y afirma: “Lorca tenía personalidad de sobra y, con ella, mejor derecho que la mayoría de los españoles a ser fusilado por españoles” (2003, 856). Este breve paréntesis, en un libro concebido para la gloria de su propia persona, parece escrito con sinceridad, como un deseo de rendir homenaje a “su mejor amigo de la Residencia”, como lo llamará desde entonces. Una afirmación mucho más próxima a la amistad que vivieron que a las provocaciones que se verán luego en entrevistas y escritos. Federico García Lorca acompañó a Dalí y a Buñuel hasta el final de sus vidas, de forma presente en sus recuerdos, transmitidos a lo largo del tiempo a través de sus obras, demostrando así la persistencia del símbolo de belleza que Lorca encarna e inspira. **LPyH**



Jugando a la casita. De la serie *La vida es juego*

REFERENCIAS

- Buñuel, Luis. 1993. *Mi último suspiro*. Traducido por Ana María de la Fuente. Barcelona: Plaza & Janés Editores.
- Dalí, Salvador. 2003. *Obra completa Vol. I. Textos autobiográficos I*. Editado y prologado por Félix Fanés. Barcelona: Destino / Figueras: Fundación Gala-Salvador Dalí / Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- Gibson, Ian. 2004. *Dalí joven, Dalí genial*. Madrid: Aguilar.

— 2015. *Luis Buñuel. La forja de un cineasta universal. 1900-1938*. Barcelona: Aguilar.

Sánchez Vidal, Agustín. 2009. *Buñuel, Lorca, Dalí: el enigma sin fin*. Barcelona: Planeta.

• **Quentin Charles** es doctorando de la Universidad de Nantes y forma parte del CRINI. Actualmente prepara una tesis sobre la evolución del mito de Salvador Dalí en la producción literaria del artista catalán entre 1920 y 1964.